

SUSCRIPCION.

En Orihuela, una
peseta al mes.
Fuera, 3'50 tri-
mestre.

El Tháder

OFICINAS

Redacción, Sali-
tre 5.
Administración,
Colegio 16.

DEDICA ESTE NUMERO

A LA RECONQUISTA DE NUESTRA QUERIDA CIUDAD

EL 17 DE JULIO

Nunca el recuerdo de los grandes hechos puede borrarse de la memoria de los pueblos, y sobre todo en los de nuestra raza hidalga que tiene el honor y la independencia como base de su propia vida.

La historia no es lo que pasó: el individuo podrá ver un pasado en los que fueron; pero confundido en la entidad social, vé en la vida de sus antepasados una prolongación ascendente de su existencia propia, él es un miembro de esa entidad que vivió entonces y que vive ahora con las mismas tendencias y los mismos ideales, y que marcha al unísono arrebatado por el mismo impulso que mueve á las generaciones de todo un pueblo.

Por eso nosotros sentimos y vivimos los mismos sentimientos y la misma vida de aquellos héroes que por la religión y por la patria y al sagrado grito de «independencia», supieron arrancar nuestro suelo amado de la usurpadora tiranía sarracena.

Por eso, nosotros, queriendo conmemorar aquel hecho glorioso, que es nuestro, pues nuestra fué la sangre que entonces se derramó por la salud de la patria, dedicamos este número á la feliz recordación de acciones tan grandiosas.

Y para dar á este recuerdo un timbre de indudable valer, hemos conseguido reunir en un precioso ramillete literario, trabajos de las mejores plumas, honra de la literatura oriolana, dando un voto de gracias á los autores por su amabilidad con nosotros y su amor á la patria querida.

La Redaccion.

LA CAPITULACION DE ORIHUELA

—):o:(—

La reconquista de Orihuela del poder de los Arabes cuyo hecho hoy se conmemora y que fué debida en gran parte al temerario valor de una muger, conocida en nuestras tradiciones con el nombre de la Armengola, nos recuerda otro hecho histórico de nuestra patria, en el que no una

muger, sinó to las las hijas de Orihuela tomaron parte; hecho notable en sí, y más todavía por sus consecuencias.

El general godo Teodomiro, llamado por los árabes Tadmír, después de la derrota de Guadalete en la que dió pruebas de arrojo y pericia, reunió los restos del ejército, por el que fué proclamado rey, y trató de contener la invasión sarracena. Derrotado en Cazola y Segura, acuchilladas sus desalentadas tropas en los campos de Lorca, se refugió con los pocos que se salvaron dentro de los muros de Orihuela, ante la que se presentó enseguida el ejército victorioso de los árabes con su general Abdelazis; convencido éste de que no encontraría resistencia en la plaza, por no tener Teodomiro tropas para defenderla, fué grande su sorpresa al ver los muros ocupados por gran número de guerreros dispuestos á resistir el asedio. Decidido á tomar la plaza, para continuar después la conquista, dió las órdenes para el asalto, cuando vió salir de la ciudad un joven que dirigiéndose hácia el campamento árabe solicitaba hablarle en nombre del general godo: admitido por Abdelazis, el joven hizo proposiciones de paz que le fueron admitidas, y se ajustó y firmó el célebre convenio conocido con el nombre de Capitulación de Orihuela.

En este tratado se reconoció la autoridad de Teodomiro sobre Orihuela y las ciudades de Balentina, Lecant, Mulla, Biscaret, Aspis y Lurcat; se respetaba la vida, hacienda, religión y templos de los cristianos; que no habia de prestar auxilio á los enemigos de los árabes, y por último se consignó el tributo que se les habia de pagar anualmente, según fuesen libres, ó pecheros.

Hasta que el tratado no fué firmado, no se descubrió el joven cristiano; entonces lo hizo, y era el mismo Teodomiro: no lo llevó á mal Abdelazis ni los suyos, antes al contrario, lo celebraron y como prueba de ello, le dieron un banquete.

Al siguiente dia entró Abdelazis y sus tropas en la ciudad, y observando que eran muy pocos los soldados que se veían, preguntó á Teodomiro, qué se habían hecho de las tropas tan numerosas que el dia anterior coronaban los muros: el general godo hubo de confesar la verdad: aquellos fieros guerreros que habia visto sobre los muros, cubiertos de cascos y armados de lanzas con tajantes espadas, eran las mugeres de Orihuela disfrazadas, y para que la

apariencia fuese más ilusoria, sus cabellos los habían dispuesto figurando prolongadas barbas como las usaban los godos: la misma falacia de esta nueva estratagema de Teodomiro fué aplaudida por los árabes y motivo para que se estrecharan más las relaciones pactadas.

Las hijas de Orihuela, prestando este servicio al estratégico caudillo español, salvaron á Orihuela de las consecuencias de un asedio, obteniéndose además un notable pacto, pues sobre poner á salvo las vidas, haciendas y las prácticas del culto católico, concedió á Teodomiro un territorio cuyo centro ó capital fué Orihuela, en el que antes que Pelayo en Covadonga reinó hasta el año 743, en que falleció llorado por los suyos y respetado por los árabes.

Le sucedió en el trono Atanaildo, príncipe grande por su nacimiento; pero no por su generosidad y nobleza de corazón.

Entre los árabes, los sucesos políticos habían cambiado la situación, y se olvidaron los pactos con este motivo: la guerra se declaró entre árabes y cristianos, y ora fuese efecto de la guerra, ora por miedo á ella, por encontrarse el reino de Teodomiro pequeño y amenazado por un grande ejército árabe sin poder recibir ayuda de los suyos: los cristianos dependientes de Atanaildo y con ellos, naturalmente, su mismo rey, se retiraron á las montañas de Leon y Asturias, donde ya otros muchos se habían refugiado desde que empezó la invasión de los moros, y allí, ó por muerte de Atanaildo, ó por estar ausente, ó por otro motivo, proclaman por rey á D. Pelayo.

La Capitulación de Orihuela es un hecho del que la crítica dudó algún tiempo, hoy se tiene como cierto por los historiadores modernos y si el catálogo de nuestros reyes omite los nombres de Teodomiro y Atanaildo, no es por falta de documentos históricos, sinó porque á éstos no se les designa con claridad con el nombre de reyes como puede verse en Isidoro de Bejar; pero no se podrá negar que antes que D. Pelayo en Asturias, Teodomiro y Atanaildo reinaron en Orihuela.

Julio Blasco.

LA ARMENGOLA Y SUS DOS HIJAS

Si la gratitud es uno de los de-

beres de pueblos cultos y civilizados; si es obligación de todo buen ciudadano honrar con las más justas alabanzas la memoria de aquellos de sus semejantes que en épocas anteriores á las en que vivimos engrandecieron á la pátria en que vieron la luz con la fama de su saber, valor ó virtud, cumpla yo en este solemne y memorable día un sagrado deber y una obligación de justicia, uniendo mi voz, pobre y humilde, á la de esa brillante pléyade de oriolanos ilustres, escritores de nota, justos é imparciales, para de este modo cantar un himno de gloria á mi pátria querida, á mi amada Orihuela, á esta muy noble fiel y leal ciudad, favorecida por nuestra dulcísima Patrona Maria de Monserrate, y coronada cien veces por los triunfos de su fé.

Entre los innumerables y notorios hechos de armas que con marcados caracteres de gloria se leen en brillantes páginas de nuestra historia, ninguno tan sublime ni que además de haber llenado de santo entusiasmo nuestras almas haya fomentado nuestro orgullo de buenos oriolanos, como el que en la aciaga y perdurable noche del 16 de Julio llevaron á cabo *la Armengola y sus dos hijas* humillando al patriótico grito de *Somos cristianos*, la osadía de las feroces é indómitas huestes mahometanas que acaudilladas por hombres fieras se hacían adorar como dioses, apellidándose asimismo emperadores únicos y absolutos del mundo entero.

Muchos fueron los sufrimientos porque atravesaban nuestros antepasados en aquellos siglos del Mahometismo. Chateaubriand hablando de estos dice: «A la brillante luz del Cristianismo, los hombres abandonaron la civilización pueril, corrompida y falsa, y entraron en el camino de la civilización razonable, moral y general de la sociedad moderna; pasaron de dioses á Dios.» Los más autorizados escritores aseguran, que los padres horrorizados daban muerte á sus hijos para librarlos de los inhumanos atropellos de las turbas criminales; las doncellas cubiertos sus rostros con negros velos levantaban sus plegarias hasta el trono del Dios de las Batallas en demanda de que no sucumbieran ante el fanatismo de los incestuosos y sanguinarios hijos de la Media-Luna; Orihuela entera en fin, puesta su confianza en Dios, se disponía á morir cristianamente, antes que negar la re-

ligion de todo un Dios crucificado.

Y en efecto; nuestros ascendientes á la manera del navegante cuando en alta mar es víctima de tempestad horrible, y ve olas que semejan las más gigantescas montañas por donde pasean orgullosas igneas serpientes, y oye el furibundo bramido del imponente oceano, y el aterrador rujido de las nubes que inclementes se ciernen sobre su cabeza... grande fué el júbilo que experimentaron al ver deshecha la tempestad, ó lo que es igual librada felizmente la batalla, en cuyos felices momentos el cielo vistiose con su rico manto de azul, hinchándose con los vívidos resplandores que del astro rey se desprenden.

Al recuerdo de esta fecha gloriosa del 17 de Julio ¿qué oriolano no siente latir su pecho á impulsos de la protección del cielo? ¿quién será el que vien lo á su madre pátria coronada con los inmarcesibles laureles de las victorias, no de un fuerte grito de entusiasmo, bendiciendo la memoria de aquellos de sus antepasados que obraron los prodigios de valor que en este aniversario celebramos?

Permitidme, mis queridos y benévulos lectores, que yo, el más indigno entre todos los hijos de esta celeberrima ciudad, diga en entusiasmo desde las columnas de esta ilustrada publicación:

¡Viva eternamente la memoria de la *Armengola y sus dos hijas!*

José María Saravia.

TRADICION.

Dos grandes hechos, histórico el uno y tradicional el otro, pero ambos de indiscutible mérito y notoria veracidad, constituyeron en lo antiguo, así como el comienzo y termino en nuestra ciudad natal, de aquella colosal epopeya, en aquel duelo titánico, y de aquella lucha heroica empezada en Covadonga y acabada felizmente en Granada.

Prescindiendo hoy del primero que no atañe á nuestro propósito, y concretándonos al segundo por ser de actualidad ahora, vamos á ocuparnos momentáneamente del suceso que nos ha trasmitido la crónica, dándole todo el crédito que realmente merece, pues en nuestro concepto la tradicion es la cuna de la historia, y esta es el trasunto fiel del pasado.

Lejos de nuestro ánimo estaba por cierto, el volver hoy á ocupar la atención de los lectores de la prensa oriolana, pero la redacción de uno de sus ilustrados órganos nos ha invitado á ello, con un motivo muy noble, y bien que nos conste nuestra insuficiencia, y apesar de carecer ahora de elemen-

tos, no podemos menos de responder á tan galante invitación, contando desde luego con la característica indulgencia de nuestros lectores.

Esto expuesto, como preciso antecedente de nuestro modesto trabajo de hoy, y en descargo de nuestra conciencia, por el grave pecado literario que hoy cometemos, vamos á entrar en materia con la especie de tranquilidad del que cumple un deber, porque deber entendemos que es acceder al ruego de la amistad cuando de la pátria se trata.

Durante los siete siglos que duró la reconquista de España; cuando la cruz se alzó enfrente de la media luna, y el blanco pendon de D. Pelayo, holló por primera vez la verde bandera de Muza; durante ese largo tiempo en que dos pueblos distintos se disputaron la posesion de una misma patria creyéndola suya cada uno en esa época; en fin hubo episodios de tal valor y trascendencia que hacen andar á veces de su autenticidad, sino nos las hubiesen trasmitido tan fiel y detalladamente la historia ó la tradicion.

Uno de esos acontecimientos verdaderamente extraordinarios es el episodio que hoy nos ocupa, referente á la conquista de Orihuela, hecho que fiados en nuestros recuerdos de niños, vamos á referir á nuestros lectores.

Apesar de las continuas victorias del ejército cristiano, que en Castilla y Leon por una parte y en Aragón, Cataluña y Valencia por otra, iba ganando palmo á palmo el territorio de su patria perdido en la infausta batalla del Guadalete, Orihuela se hallaba todavía bajo el poder de los moros, bien que un barrio de la ciudad, estubiese habitado por cristianos.

Las huestes del Rey D. Jaime amenazaban ya á la ciudad musulmica, recorriendo su extensa vega y poniendo en continuo jaque á los moros que defendian sus macizas murallas y sus almenadas torres.

Créese como cosa probable dadas las condiciones de los dos pueblos beligerantes, que acrecentado el odio de los sitiados por la sola presencia del enemigo en las márgenes del Tháder como para dar un mentis á los que lo creyeron debil, ya para arrojar un reto á la faz del cristiano, ó acaso para deshacerse de un peligro interior, el alcaide del castillo determinó pasar á cuchillo á los cristianos del indicado arrabal, bien con el mayor sigilo.

No fué sin embargo tan secreta esa providencia, que no llegara á oidas de los interesados, los cuales ante tan inminente riesgo, intentaron una extrema resolución, obligados por la necesidad y fiados en Dios.

Cuentan las crónicas, que entre la poblacion cristiana habia una mujer de ánimo esforzado, nodriza que habia sido de un hijo del Gobernador, cuya circunstancia le daba entrada franca á todas horas en la fortaleza, y á ella recurrieron los cristianos proponiéndole un plan en extremo atrevido, que ella aceptó con todas sus consecuencias en gracia de la urgencia y gravedad de la situación.

Tenia esa mujer, llamada Armen-gola, dos hijas, y vistiendo á dos re-

suelos mozos con los trajes de estas, después de encomendarse á Dios de todo corazón, subieron al alcázar ya cerrada la noche, franqueáronse la puerta, sorprendieron la guardia, y facilitaron la entrada á un grupo de cristianos apostados al efecto, se hicieron dueños del castillo. Para la feliz consecución del arriesgado plan, los cristianos solicitaron del cielo un signo exterior que los animara, y el cielo oyó sus súplicas pues en la noche de ese día memorable dícese que aparecieron dos brillantes luceros sobre la torre más alta de la alcazaba, cuyos rayos llevaron la confianza al ánimo, y el valor á los corazones de aquellas pobres gentes amenazadas de tan inminente peligro.

Nadie dudó entonces, y nadie duda aun, que aquellas dos luces extraordinarias representaban á las gloriosas mártires Justa y Rufina cuya festividad celebraba la iglesia al día siguiente y de ahí el que Orihuela eligiera por patronas á las dos santas hermanas, uniendo sus nombres benditos el celebrado triunfo de aquel hecho.

Acaso habrá algún sabio moderno, algún filósofo de este siglo materialista que sonría desdeñosamente al leer este aparte de nuestro sencillo relato, pero antes de negar lo que la tradición nos refiere, sin que nadie pueda probar lo contrario, se hace preciso borrar de la historia otros hechos análogos, que como la aparición del lábaro de Constantino, la presencia del apóstol Santiago en las Navas, y otros sucesos parecidos no pueden desestimarse razonablemente por el solo escepticismo de fin de siglo.

Que las huestes de D. Jaime se apoderasen de la ciudad y su castillo como asegura la historia, eso no destruye la posibilidad del hecho tradicional, pues bien pudo lo uno estar en connivencia con lo otro ayudándose y completándose mutuamente, no siendo esa la primera y única vez que la acción particular prepara el camino á la operación colectiva.

Sea de ello lo que quiera, nosotros no hacemos más que relatar lo que hasta nosotros ha llegado de boca en boca como se suele decir, tradición en que el pueblo cree sin discusión, y nosotros no ponemos en tela de juicio, porque como hijos del pueblo creyente, aceptamos sus tradiciones como artículos de fé.

Aquí terminan nuestros recuerdos y aquí concluye nuestro molesto trabajo; si aquellos son demasiado confusos y este sobradamente sencillo, culpe á nuestra insuficiencia pero no á nuestra falta de voluntad, por que esta es siempre grande, muy grande, cuando se trata de algo que atañe á la gótica arcada, á la musulmánica Medina Tadmír, á nuestra querida patria, la muy noble y fiel y leal ciudad de Orihuela.

Francisco Die Pescetto.

La independencia nacional.

El génio español, en la esfera del arte, en la de la ciencia, en la

de la política, ha tenido, ora arranques vigorosos que le han conquistado el cetro del mundo, ora tristes desfallecimientos que le hicieron perder el dominio universal y marchar á remolque de otros pueblos. Pero en el amor á la patria independencia, sentimiento el más característico y acentuado de nuestra raza, jamás sintió vacilaciones ni desmayos: ved sinó ese secular periodo de nuestra vida nacional, que llena por completo la Edad media de nuestra historia. Pelayo lanza en las riscosas cumbres de Covadonga el grito de guerra contra las invasoras huestes musulmanas: casi al mismo tiempo, contestando á los valientes astures desde el otro extremo de la Península, se alza Iñigo Arista en las montañas alto-aragonesas al frente de sus bravos almogábares; y el grito de independencia corre como reguero de pólvora todo el territorio hasta resonar triunfante entre resplandores de gloria bajo los muros de la poética ciudad por donde arrastra su mansa corriente el áureo Darro. Grandiosa epopeya, no superada, ni igualada quizás por pueblo alguno en toda la dilatación de los siglos.

Más tarde, ya casi en nuestros días, la odisea napoleónica fracasa antes las débiles tapias de arena levantadas por el patriotismo en la inmortal Zaragoza, y el vencedor del universo, el que según la sublime frase del Marques de Valdeguas, *rompió en la espantada frente de las naciones el cetro de sus reyes* vió detenerse ante el heroísmo de una pobre muger, Agustina Aragon, el vuelo triunfal de las águilas francesas.

Bien hacen los pueblos en no dar al olvido estos gloriosos hechos de la Reconquista; bien hace EL THADER al conmemorar la fecha en que Orihuela sacudió el yugo vil de la morisma, y yo, respondiendo á la invitación de sus redactores, asocio con gusto mi modesto nombre á obra tan patriótica y laudable.

Lorenzo Pineda

UN PASAJE HISTÓRICO

Allá en los comienzos del siglo VIII se enseñoreaba la media luna por los dominios ibéricos, merced á los desmanes de Rodrigo y á las discordias de los hispano-godos. Abdelaziz caminaba de victoria en victoria, y, después de castigar á Sevilla, dirigió sus aguerridas huestes á la preciada región Mediterránea. La memorable jornada del Guadalete, de imperecederos recuerdos para todo corazón nutrido con sangre goda, acrecentó las siempre briosas energías de los árabes, codiciosos de la soñada

posesión de una península tan espléndida en venero de riqueza.

Teodomiro, aquel caudillo goda cuyo nombre aun resuena á través de los siglos en los campos de Tarifa, erigido rey por sus secuaces, (restos vivos de la rota del Guadalete); se propuso estorbar la marcha triunfal del hijo de Muza, eludiendo en lo posible batallas generales. Eligió puntos estratégicos, distribuyendo sus escasas fuerzas en desfiladeros, alturas y trincheras naturales de las montañas. No vaciló en hostigar á su adversario molestándole con audacia y con coraje, hasta el punto de empeñar una batalla en las campiñas de Lorca, siendo arrollado y perseguido por la caballería árabe hasta la plaza fuerte más próxima que era Auriola (Orihuela). A salvo en esta ciudad, la noche decretó el armisticio con su estampilla de sombras, dando tregua á que el cerebro de aquel esforzado campeón ideara una de las más hábiles estratagemas que registra la historia en su largo inventario de prodigios de inventiva.

Las fuerzas musulmicas decuplicaban las mermadas de los cristianos. La plaza sería sitiada al día siguiente, y por más que sus defensores agotaran los restos postrimeros de su indómita bizarria, no era posible su liberación. ¿Qué hacer? Apenas alboreaba el nuevo día, ordenó Teodomiro que todas las oriolanas vistiesen el sayo militar de los godos y formaran con gallarda marcialidad en los muros de la plaza, disponiendo sus cabellos de modo que imitasen las barbas de los soldados. El árabe cerró la ciudad, adoptando todo linaje de precauciones al contemplar á lo lejos aquella pléyade numerosa de guerreros animados del santo amor de la independencia.

Pidió parlamento Teodomiro, sin revelar su alta investidura, y el victorioso Abdelaziz cayó en la red aceptando la petición. Tan cariñosamente fué recibido por el príncipe árabe, que le invitó á su mesa, pactándose honrosa capitulación. Cerciorado después Abdelaziz de la comedia tan diestramente ejecutada por Teodomiro, en vez de infringir los cánones del convenio, le colmó de expresivas felicitaciones.

Por más que estos datos históricos sobre la liberación de Orihuela, revistan matices un tanto novelescos, no es inverosímil aceptar su certidumbre, dadas las condiciones del hombre superior á quien se adjudica su paternidad. Todo eso y más engendra la Cruz en sus conflictos mortales con la media luna.

José María Sarget.

EL ORIOL

—o—

Constituye el más saliente y preciado blasón de nuestro escudo de armas.

Formando *pendant*, como es moda decir ahora, con las gloriosas barras de Aragón, entusiasmo verle con su coronita sobre la enhiesta cabeza y la espada en su derecha *garra*.

Apenas se le conoce entre el vulgo con otra denominación que la ambigua y común de «El pájaro.»

La fiesta del día de hoy en que se conmemora la reconquista de Orihuela, no se la conoce con otro nombre, es la fiesta del «Pájaro.»

Sobre el glorioso estandarte que llevó á la victoria á nuestros antepasados, aparece su *efigie* modelada por inteligente artifice.

Se desconoce donde obtuvo este los datos necesarios para la confección de su obra.

Es lo cierto que nada se sabe sobre su intervención en nuestras pasadas glorias.

Y todavía se sabe menos, respecto á la clase especie, y género que, de ser un ave de reconocida existencia, pudiera haber tenido ó tener aún en las clasificaciones zoológicas.

La denominación de «oriol» no parece tener relación alguna con el nombre de Orihuela ó su derivación de «Oriolano.»

En los diccionarios no se halla otra voz que la de «Oriol», anticuada de oropéndola, y la de «Oriolia», género del orden de los pájaros, familia de los dentirrostrós, indígena de Madagascar, que describió J. Geoffroy Saint-Hilaire y Bernier reconoció denominándola «Oriolioides.»

En el género «Argia» ha sido descrita también una especie por Kittlitz, á la que, hallándola en la isla Boninma, denominó «Oriolus squamiceps», «Oropéndola de plumas escamosas.»

La verdad de todo es que entre todas las especies zoológicas, las únicas que por su denominación latina tienen analogía filológica con nuestro «Oriol» son las citadas «Oriolia» y «Oriolus.»

Ningún género se acerca tanto en su traducción al castellano á la voz «Oriol» como el «Oriolus» de Linneo, las oropéndolas, y por contar este con una especie europea, habitante, siquiera en los meses de verano, en las regiones meridionales de donde emigra al Africa en Septiembre, así como por pertenecer al orden de los pájaros y ser su tamaño, como algunos de sus caracteres, muy semejantes á los de el «Oriol», parece ser aquel y no otro el género de nuestro glorioso pájaro, apesar de que en nuestros días no tengamos noticia de la existencia de esta ave en Orihuela y sus contornos.

De ser así, la oropéndola, á quien también se la denominó antiguamente y como antes decimos, «orior», no tiene tanto tamaño como el pájaro que remata el estandarte de esta ciudad.

Es poco más ó menos de la magnitud del mirlo y tiene un hermoso color amarillo con líneas y manchas negras en la cabeza, alas y cola. Su pico es rojo pardo, grueso y arqueados los bordes. Sus tarsos son cortos y la primera falange de su dedo externo unida á la del dedo medio. Es ave muy ágil y bullíciosa; su canto que no es melodioso va seguido algunas veces de un maullido como el del gato y otras de un silbido que era para el vulgo señal inequívoca de próximas lluvias.

A nuestras regiones no viene ó venia más que en las épocas del celo, como si en toda la haz de la tierra no hallara ave de tan hermoso plumaje teatro más florido y delicioso que nuestra huerta para sus dulces escenas de amor.

En cuanto á su simbolismo en nuestras glorias pasadas, nada podemos decir.

El hecho que refieren los naturalistas de ser suficientes dos oropéndolas para

dar cuenta en un día del fruto de un cerezo bien provisto, no creemos que tuviera aplicación á los políticos de tan remota antigüedad.

Más bien la adopción de esta ave, si es que es nuestro Oriol, para blasón de nuestro escudo de armas, se debiera á la vieja leyenda que hacía nacer hechos pedazos á los hijos de la oropéndola y que el primer cuidado de los padres era unirlos y formar de ellos con la virtud de ciertas yerbas un todo viviente.

Bien podría aceptarse esta fábula como emblema de la creación de nuestra independencia, pues uniendo pedazo á pedazo de esta hermosa tierra oriolana, lograron nuestros antecesores con la virtud de su heroísmo reconquistar la pérdida libertad de nuestra amada Orihuela.

Justo Lafuente.

Patria y fé

Hay días tan memorables en la historia de los pueblos, épocas tan gloriosas, hechos tan brillantes, que la descarnada mano de los siglos, el paso atropellado de las generaciones, y el confuso suceder de las ideas, no ha logrado arrancar ni adormecer siquiera del seno de sus hijos.

En el día de hoy conmemora nuestro pueblo su hecho más glorioso; en este día un puñado de valientes, consiguió hollar sobre los muros del castillo con el signo de nuestra redención, la media luna del Profeta.

No debo recorrer el anchuroso campo de la historia; se me ha exigido un pensamiento, y con gusto me limito á exponer el que me sugiere un hecho tan solo. Quizá ninguno de los habitantes de Orihuela y de su hermosa vega, se haya entregado al sueño en la pasada noche, sin dirigir su vista hacia esas dos brillantes luces que iluminaban el castillo. ¿Cuál es la razón? ¿Por qué palpita de gozo nuestro corazón, al elevar hacia ellas nuestros ojos? ¿Cuál es la causa que tras de tanto tiempo, todavía se conserve esa tradición entre nosotros.

Ello significa, que aun existe en los hijos de Orihuela el entusiasmo patrio, que valió á nuestros padres el inmortalizar sus nombres en los fastos de la historia; significa que todavía circula en nuestras venas sangre de aquellas mujeres valerosas, que á falta de sus esposos y sus hijos, defendieron nuestra ciudad querida de las huestes de Mahoma, significa en fin que aun alienta nuestros corazones el vivificador soplo de la fe. He aquí por qué mi corazón como el de todos los hijos de Orihuela, se llena en este día de gozo y entusiasmo, al contemplar esas dos luces que esclarecen los tenebrosos antros del castillo. Unidos como van en sagrado enlace la fe religiosa y el amor patrio, hoy que por desgracia se ha aminorado este con la pérdida de aquella, llena de consuelo mi corazón el contemplar esas dos luces, prueba evidente de que en aquesta nuestra ciudad querida, existe el segundo porque se conserva la primera. Por ello en el día de hoy me felicito, y felicito al pueblo todo de Orihuela, que supo y sabrá conservar sus tradiciones, como ha sabido

Y sabrá conservar su amor patrio con su fe.

Dr. José M. Rubio.

La Cruz y la media luna

—o—

La conquista de Orihuela no significa exclusivamente la recuperación de un territorio, arrancado por la mano heroica de la Armengola, del poder de un usurpador. La conquista de Orihuela representa algo más que eso: representa la adquisición de un eslabón más, de los que más tarde habían de formar la hermosa cadena de nuestras glorias inmortales, que da principio en Covadonga y termina con la aparición de la Cruz en el torreón morisco de la Alhambra.

Desde que D. Pelayo al frente de los pocos cristianos refugiados en las agrestes montañas de Asturias y Vizcaya vengó el ultraje inferido por los agarenos en las orillas del Guadalete, hasta que los Reyes Católicos dieron glorioso fin, con la conquista de Granada, á la epopeya de los ocho siglos, no han cesado de repetirse hechos heroicos que simbolizan el triunfo de una idea civilizadora, sobre otra opresora y despótica: el triunfo de la Cruz sobre la media luna. Y esa idea santa que á través de los siglos pugnaba por dominar á la otra, fué la que sin duda impulsó á la Armengola á realizar el hecho que nos ha legado la tradición que hoy constituye el orgullo de todo buen oriolano, amante de las glorias patrias.

Los pueblos viven de la tradición, y esa hermosa enseña que ha llegado hasta nosotros transmitida de generación en generación, nos demuestra que si Orihuela se conquistó, si Orihuela se vió libre del alfange musulmán y si magestuosa y triunfante pudo ostentar el emblema de nuestras creencias, fué porque la Armengola, representación genuina del carácter oriolano, ó mejor del carácter español, tenía inculcados en su corazón los sentimientos religioso y de la patria. Sabía que al conquistarse Orihuela se confirmaban más nuestras creencias, si se quebrantaba el imperio de la Media luna.

José María López.

El tesoro de la Reina Mora

—(o)—

Entre los libros raros y curiosos que existen en la Biblioteca pública de esta ciudad fijó mi atención uno del siglo XVII, procedente de la librería del señor Don Baltasar Antonio de Gallego y Palacios, ilustre señor de Benijofar y Abogado de los Reales Consejos. La circunstancia de tratar de derecho, materia de mi especial predilección y las muchas notas marginales de que está nutrido el susodicho libro fueron causa de que yo le dedicase un examen minucioso y prolijo. Como dichas notas están manuscritas, unas aparecen en letra clara y perfectamente legible, hechas sin dudas por la mano de aquel ilustre jurisconsulto, según se puede compulsar con es-

critos indubitados suyos; mientras otras resultan hechas con una letra tan enrevesada, caracter de la que en los dos siglos anteriores se conoce con el nombre de procesada, por ser de mayor uso en los procesos, que apenas pueden leerse. Tanto unas como otras constituyen ya escolios y citas de la materia de que trata el libro, ya ejemplos y casos prácticos referentes á la jurisprudencia.

En el capítulo que trata de *thesauro* hallé dos notas, expresiva la una de aquel aforismo jurídico que dice: *thesauro in fundo proprio vel alieno vel in loco público, aut religioso inventus ad quem pertineat; et quota pars inventori et principi debeatur*. Y á continuación sigue escribiendo el glosador con la singular circunstancia de usar caracteres árabigos, particularidad más digna de tenerse en cuenta puesto que sabemos que el pueblo árabe sojuzgador de nuestra patria, que tantos progresos realizó en las ciencias exactas y filosóficas, apenas conocía la jurisprudencia, siendo su único Código, de aplicación civil, criminal y religiosa el *Córam* ó su libro sagrado; y resolviendo las cuestiones prácticas sobre lo que se entiende por *lo tuyo y lo mio* por las costumbres de los pueblos y cuando no por la arbitrariedad ó el capricho del juez.

Desde luego comprendí que esta segunda nota debía encerrar alguna importancia cuando el que la había puesto procuró en volverla en el misterio de una escritura generalmente desconocida. Así es que puse empeño en descifrarla y cual no sería mi sorpresa cuando hallé que se trataba de palabras castellanas escritas con caracteres árabes, ó sea un trozo de lo que se llama escritura aljamiada y que á la letra dice así: «En el nombre de Allah el Clemente, el Misericordioso. La bendición de Allah descienda sobre mí. Alabado sea Allah ¡Ensalzado sea! Yo soy la mujer del gran Caid de la ciudad de Todmir. Yo he sido su esposa. Mirame con las vestiduras nupciales dotada de hermosura y de perfecciones. Contempla el esplendor que me rodea y comprenderás la gran verdad de mis palabras. Mira también mi corona; la encontrarás semejante á la luna nueva. Aventajé á las más hermosas con mis galas y mi diadema y se inclinaron amorosamente hacia mí los luceros del zodiaco. Labraron sutilmente los dedos de mi artífice los adornos que me cubren después de haber engarzado las alhajas de mi

corona. Todo poder es de Dios. A El pertenecen todas la riquezas.

Y sigue el glosador diciendo «esta inscripción está tomada del Libro de los Epigraphes de Sidi-Aben-Mervan y se cree que pertenece al sepulcro de una reina de Orihuela (sic) que habiendo perdido á su marido en un torneo recién desposada murió de pena. Su padre que era un gran señor, rico moro que había estado en la Mecca hizo cubrir el cuerpo de la infortunada jóven con sus mejores vestidos, la atavió con todas sus joyas y mandó que la encerraran en un cofre de Damasco, llenó de perfumes de la Arabia, cubierto de cuero cordobés rayado de finos colores y clavalo con clavos bizantinos de oro, y mandó que lo depositaran en la Almunía ó granja del gran Caid, en el jardín de la sultana, debaxo del estanque de los Peces, en el subterráneo del dragón, á veinte y cinco codos de profundidad.» Y añade. Este es uno de los más ricos tesoros que se ocultan á la luz del sol y á las miradas de los hombres. Hasta ahora no se tiene noticia de que nadie haya dado con él. La Almunía del gran Caid parece que estaba junto á la misma falda del castillo.

Hasta aquí la nota aljamiada. Y yo añado, para terminar; si alguna vez la codicia humana ó la casualidad depara este hallazgo tan precioso á algún feliz mortal, tenga este presente que aquel precepto de derecho antiquísimo que se contiene en el aforismo latino que hemos transcripto apenas ha variado, porque el vigente Código civil en su art. 351 dispone que *el tesoro oculto pertenece al dueño del terreno en que se hallare. Sin embargo cuando fuere hecho el descubrimiento en propiedad ajena, ó del Estado y por casualidad, la mitad se aplicará al descubridor.*

Vicente García Guillen

Las hijas de la Armengola

I

La historia nos cuenta sus grandes hazñas; la madre y las hijas salvaron la patria, clavando en el muro del alto Hans-Har-huala la enseña gloriosa de Orcelis cristiana.

II

Desde entonces acá, pasan los siglos y aquellas aguerridas oriolanas, no son ya de los moros el espanto, no esgrimen el acero con pujanza; ellas ahora como entonces y cual siempre vibra en sus ojos el calor del alma, y dignas descendientes de las otras, con su dulce mirar, hieren y matan!

Rufino Gea.

Imp. de L. Zerón.—Orihuela.